

ción, el lago apareció tranquilo, silencioso, lleno de poesía, meciendo suavemente la barca que momentos antes había intentado estrellar contra las rocas. Roberto no se entregaba ahora jamás al sueño antes de haber saboreado de nuevo, reproduciéndolo en su imaginación, el recuerdo de la llegada de su tío y Enriqueta, y de las alegrías que le habían traído. No dejaba pasar ni un solo día sin hablar largamente con Enriqueta, sentado á su lado ó paseando por el bosque con ella. Cada uno por su parte formaba sus castillos en el aire, pensando en el porvenir.

El tío Germán, ya repuesto de la emoción que le había causado la venta de sus medallas, les seguía sin pronunciar una palabra, contemplándolos y admirándolos cogidos del brazo. Iba detrás como por atracción, oyendo, sin querer, los coloquios de amor que sostenían, y estaba muy satisfecho por lo que había contribuido á la dicha de sus sobrinos.

—¡Ah! ¡Qué bueno es labrar la dicha de los demás!—decía andando con lentitud.

El sol penetraba por entre el bosque á través de las hojas, del follaje, yendo á dorar con sus rayos las florecillas que crecían entre la inculca hierba. Se oía el gorjeo de los pájaros y el murmurio del agua de las fuentes y los lagos, que formaba, con el de las

hojas movidas por el viento, un armonioso y agradable ruido. El sofocante calor que se desprendía de la tierra se suavizaba por un viento fresco y perfumado por las flores. Roberto exclamó, olvidándolo todo:—«¡Mi corazón se ensancha; ya no sufro; decididamente soy dichoso!»

## XII.

Por muchos infortunios por que atravesase el hombre, llegan algunas horas de alegría para él, que son como un descanso en un día de fatiga, y en los cuales se hace la ilusión de que ha vivido feliz. Él, tan activo, nervioso, en movimiento constante, con una excitación continua, se sentía ahora invadido por una languidez dulce y acariciadora, nacida de un amor profundo y tranquilo. Sentía la penetrante voluptuosidad que se experimenta al tomar un baño bajo las sombras de árboles aromáticos (aspirando el perfume de las flores) en un caluroso día del estío. Los insomnios embargaban sus sentidos por un exceso de dicha; los pensamientos le sonreían, y contemplaba su felicidad con igual alegría que contempla el naufrago la tierra cuando la ve cerca.

Buscó á Thévenin en Saint-Cloud, sin conseguir encontrarle. Esto era lo único que turbaba su dicha ahora. Sin embargo, todos los días aumentaba con nuevos propósitos entre Enriqueta y el tío Germán el interminable capítulo de los proyectos. Discusiones que no tenían fin, llenas de sonrisas y de esperanzas. El amor, aquel amor verdadero, se arraigaba más y más en el corazón de Roberto, haciéndole ver en su fantasía un mundo de ilusiones. Parecía dejarse llevar embriagado por esta seducción, y como un hombre abrasado por las llamas se sumergiría dentro de un lago, así Roberto se sumergía en el lago de su dicha.

Tenía deseos, como todo el que ha sufrido mucho, de llegar al colmo de esta felicidad que le sonreía, y que temía ver evaporarse como se evapora el humo. Guiado por sus impulsos, se hubieran enlazado inmediatamente; pero el tío Germán estaba allí, metódico como Descartes, haciendo que todo siguiera sus naturales trámites.

Desde que vendió sus medallas, parecía haberse descargado de un gran peso. Si aquel sacrificio no diera el resultado que él se proponía, sería la causa de su desgracia. ¡Cuántas alegrías y cuántas veces habían hecho latir su corazón aquellas monedas, de las cuales acababa de desprenderse para contribuir á la di-

cha de sus sobrinos! ¡No se arrojan así al aire los objetos preciosos que, además de constituir nuestro mayor placer, encierran un mundo de filosofía por su antigüedad y significación, como se arrojarían pedazos de guijarro! No se creía capaz de tanto heroísmo; pero cuando hubo vendido la colección y recogió el precio de aquellas monedas,—el dote de Enriqueta, el porvenir de Roberto,—olvidó todo; y cuando el coleccionista trataba de hablar, el hombre le hacía enmudecer, ahogando sus sentimientos de artista. Tomaba la palabra en los conciliábulos de los enamorados, y distribuía á cada uno su papel en los preparativos de enlace.

Roberto hubiera consentido en ocultarse para siempre en el fondo de Périgord, sin sentimiento, ó, mejor dicho, con alegría. ¡Vivir en medio del bosque ó en el fin del mundo, le preocupaba poco, estando al lado de Enriqueta! ¡Este hombre, tan batallador antes, prefería ahora el reposo y la soledad! Pero cuando el tío Germán le oía hablar así, se encolerizaba.

—¿Dejar á París?... ¡Vaya un proyecto! ¡El destierro! ¡Desterrarte tú mismo! ¡Ocultarte en cualquier pueblecillo, en cualquier aldea, cuando tienes aquí un porvenir y una riqueza! ¡El diablo lleve á estos muchachos de hoy! ¿Quieres que te diga lo que eres? Pues eres un egoísta. Piensa en Enriqueta, repara

en ella. ¿Crees que esa sonrisa y esa gracia han sido creadas por Dios para que queden sepultadas en un desierto?

Roberto, sentado al lado de su tío, miraba á Enriqueta, que sonreía; ésta, poniéndose colorada, se levantó, se echó al cuello del tío Germán, y le besó en la frente.

—Vamos (dijo con una encantadora gracia): ¿cuándo dejaréis de ser adulator para conmigo?

El tío Germán movió alegremente la cabeza, aprisionada todavía entre los brazos de su sobrina.

—¡ Ah, picarona! (dijo, mirando al propio tiempo á Roberto.) ¿Quieres encerrarla en Montravel? ¿Creéis que os entrego al uno en brazos del otro para que os encadenéis á mí? ¡Caracoles!

—¡ Encerrarnos en Montravel! (dijo Enriqueta.) No lo consiento, porque, ante todo, amo á mi primo, á mi marido (añadió con cierto rubor.) Quiero verle grande, ilustre, luchando sin descanso, y sacrificándose, si es preciso, por sus ideales. ¿No es esa vuestra ilusión, Roberto?

—¡ Mi ilusión! Sí, —contestó éste, pensando en las palabras de su prima, tan parecidas á las de Thévenin.

Y aquella femenina voz, aquel dulce acen-

to, le electrizaba, como la palabra firme y sonora de su amigo en otras ocasiones. La lucha no le parecía ahora tan dolorosa. Había encontrado su punto de apoyo en el amor.

—¡ Qué idea tan descabellada (decía el tío Germán) vivir en Périgord! Dejad aquel rincón para mí. Id á verme lo más á menudo posible. Encontraréis siempre placer bajo los árboles, y en el corral, en la bodega y en el campo, aves y buenos vinos, agradables y puros como el néctar, para recibir á los parisienses. Yo me arreglaré para adquirir una nueva colección; esto me distraerá, y os aseguro que no habrá por qué tenerme lástima.

—¿ Y por qué no os quedáis también en París?

Á esta pregunta de Roberto, el tío Germán se levantó como movido por un resorte, y se puso á pasear precipitadamente.

—¡ París!... ¿ Yo en París?... ¿ Decías eso? ¡ Haría una bonita figura! ¡ Miradme bien, desgraciados! ¡ Qué manera de vestir, qué mascarón de carnaval! Además, ¿ creéis que esta atmósfera tan cargada, este aire tan insano, producido por el humo y las nieblas de las evaporaciones, pueden hacer provecho alguno á mis viejos pulmones, ya medio consumidos? ¡ Diablos! No, á fe mía; no habitaría París por nada en el mundo; y no trato de volver á él

jamás. Vuestro demonio de Voltaire está de moda; pero me gusta más Juan Jacobo, ¿lo entiendes ahora? Hace mucho tiempo que el ciudadano Juan Jacobo maldijo vuestro pavimento, siempre enlodado, y vuestra cargada atmósfera.

Se convino por fin que el tío Germán viviera en Périgord, y Roberto y Enriqueta, prometiendo que no olvidarían al *viejo*, yendo á verle á menudo, se quedarían en París. El tío Germán exigió tan sólo que el casamiento se verificara en el pueblo.

—Escuchad (les dijo): no tengo más que una debilidad; pero la tengo muy arraigada, y no puedo desecharla de mí. La opinión pública me causa miedo, no en las cosas grandes. Me proclamaría ateo á la faz del universo entero, si creyera realmente que no existía Dios. Pero me levantaría la tapa de los sesos si al entrar en mi casa viera que el pueblo me señalaba con el dedo. No es que pretenda un sufragio, pero sí la estimación, y que consideren mi honradez. ¡Que me traten de loco ó de cuerdo, me tiene sin cuidado; pero que toquen á mi reputación, no lo consiento por nada del mundo! ¿Qué se pensaría, os pregunto, del señor Germán Burat, al verle entrar solo en su casa, diciendo que había dejado á su sobrina en París casada, sin seguir los trámites

que marcan la ley y el deber? Me parece estar oyendo ya el cuchicheo, las habladurías y las sátiras. No, el casamiento no se verificará en París; se verificará en Montravel.

—Pues bien (dijo Roberto): iremos á Montravel: ¿creéis que no tendré gusto en ver el país?

—La cuestión está terminada; será como deseáis.

Pasaban los días con la rapidez de una noche de agradables ensueños. Roberto hubiera querido marchar en seguida. Pero un negocio grave, un trabajo importante que se suscitó con motivo de las discusiones de la Cámara, y que él tenía que sostener con su acostumbrada energía, le retuvo en París. Estaba en su elemento combatiendo, cuando el contrario le daba armas para fortalecer sus ideas. Estaba, pues, á la vez en París y en Saint-Cloud, en el periódico combatiendo, y cerca de Enriqueta recibiendo de sus labios el consuelo y la tranquilidad de su alma con sus encantadoras y sencillas palabras. Su pluma parecía brillar entre sus dedos; sus mismos enemigos se admiraban de su fecunda actividad. Es verdad que estaba ayudado por ese poderoso cordial que se llama alegría.

Por la noche, cuando Enriqueta, que seguía con avidez desusada en una joven los debates

políticos, leía la réplica en el periódico, oyendo, por decirlo así, las descargas del combate, discutía con él, contradiciéndole, censurándole ó dándole la razón; pero procurando siempre hacerlo con la mayor dulzura posible, para no herir su amor propio: él, leyendo en el fondo del corazón de Enriqueta, se sentía verdaderamente transportado por la dicha. Se encontraba con valor para sublevar al mundo entero. Enriqueta estaba orgullosa de él, y este orgullo, que él adivinaba, que él leía en sus grandes y negros ojos, multiplicaba más sus fuerzas y su energía.

Pero á todo esto se unía algo de amargura y de sentimiento. La campaña política retenía á Roberto en París. Ésta podía durar un mes aún, y el tío Germán empezaba á encontrar monótona la vida de Saint-Cloud en Montretout. Empezaba á aborrecer el parque; los dioses de mármol le hastiaban ya. Las plantas que veía le recordaban sus viñas y sus trigos y los prados llenos de langosta, adonde iba á tomar el aire, á orillas de los riachuelos y bajo los sauces.

Repetía constantemente que le era preciso regresar pronto al pueblo, porque tenía que preparar muchas cosas para el casamiento. El tío Germán no quería comprar nada en París para los futuros desposados.

— ¡Comprar, por ejemplo, telas en París!  
¡Parecen telas de araña!

Las telas había que comprarlas en Bergerac, de las fabricadas allí mismo, y que duran toda la vida.

Roberto se conformó con sus deseos. Él tardaría en despachar sus negocios un mes, y se pondría en camino para Bergerac. ¡Un mes! ¡Un mes pasa pronto, después de todo! Cuando estaban preparando la marcha, Roberto contemplaba con tristeza aquella casa, en que tan dichoso había sido, y que era preciso abandonar ahora.

— ¡Volveremos á ella! — le dijo Enriqueta, comprendiendo sus miradas y estrechándole la mano.

También á ella la causaba tristeza el dejarla.

La mañana en que dejaron á Saint-Cloud, el tío Germán exhaló algunos suspiros de satisfacción.

— ¡Oh! (decía con su acento habitual.) ¿Si tendré la nostalgia de los *terruños*?....

Roberto miraba á Enriqueta triste y silencioso.

Ya en las oficinas de las Mensajerías, Roberto se sentó en el poyete de una ventana, con los ojos fijos en el equipaje, y mirando los grupos de gente que se abrazaban y lloraban, despidiéndose. Pensaba que pocos momentos

después sufriría igual dolor al separarse de seres tan queridos como lo eran para él el tío y Enriqueta.

—¿En qué pensáis?— le dijo ésta.

—Pienso en que no debíamos de separarnos. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir!....

—¡Ya tenemos aquí al pájaro de mal agüero! El diablo cargó con semejantes pensamientos.

—¡Un mes (dijo Enriqueta, con temblorosa voz), no es una eternidad! Hace más de un mes que llegamos á París.

—Y, sin embargo (dijo Roberto), me parece que fué ayer.

Cuando llegó el momento de partir, cogió las manos de la joven entre las suyas, y las estrechó con efusión, aparentando una simple despedida, pero encerrando en el fondo una promesa de amor, de fidelidad eterna. El tío Germán los contemplaba enternecido. Trató de distraerlos con alguno de sus refranes; pero las palabras se ahogaban en su garganta. Veía á Enriqueta con los ojos clavados en Roberto, sin pronunciar una sola palabra; pero dejando leer en aquella mirada un mundo de cariño y de ternura para éste. Roberto, embriagado, temía que iba á perder el sentido; una voz extraña parecía gritarle: «¡Marcha, marcha!». Un impulso secreto le arrastraba hacia

la diligencia, que estaba próxima á partir. ¡Ah! ¡Si no le hubiera faltado el valor!....

—¡Señor Burat, dos asientos!—gritó el conductor.

Y ayudó á subir á una mujer gruesa que tenía asiento de cupé.

—¡Todo el mundo á su asiento!....—gritó el conductor de nuevo.

Después, con voz ronca y aguardentosa, repitió:

—¡Señor Burat, dos asientos!

El tío Germán trató de sonreír, sin poder conseguirlo.

—«No hay amigos que no se separen alguna vez», decía el marqués de Lusse, arrojando su perro al agua»....—dijo.

Roberto le abrazó fuertemente, y mientras que Enriqueta y su tío subían al coche, permaneció con los ojos fijos en ella, hasta que partió el carruaje. Éste, con su ruido, el chasquido del látigo del conductor, los adioses de los viajeros, las herraduras de los caballos sobre el pavimento y la trompeta del conductor, le hicieron el efecto de una pesadilla. Hacía algún tiempo que la diligencia había desaparecido, y Roberto permanecía aún de pie; como una estatua, con la mirada fija en la dirección que había seguido el carruaje. Cuando se encontró á solas, y pudo pensar en esa

nueva vida de dicha que tan rápidamente había pasado, notó el vacío que la ausencia de Enriqueta dejaba en su alma. Tenía vivos deseos de concluir los negocios que le sujetaban en París como si fuera en una prisión. Contaba las horas y los días con la misma impaciencia que puede hacerlo un prisionero ó un colegial cuando las vacaciones se aproximan. Aunque, en parte, estos mismos obstáculos, aquella especie de esclavitud, le recordaban los momentos de dichas pasadas. Podía, por decirlo así, pensar más en Enriqueta. Cuando estaba á su lado, se dejaba llevar por los encantos que la adornaban, pero sin analizar el por qué de su dicha. Ahora experimentaba una sincera alegría con estos recuerdos, que hacían más llevadero aquel interminable mes, permitiéndole saborear de nuevo esa alegría que penetra hasta el fondo del alma. Le parecía ver el largo camino de castaños en que se paseaban á menudo, el cuartito del piso bajo en donde pasaban las veladas, el reflejo de la lámpara sobre los finos y delicados dedos de Enriqueta, el cuarto del tío Germán casi sembrado por los cartones que habían contenido medallas, y, por último, aquella sala en que Enriqueta le había dicho por primera vez que le amaba. Le parecía oír su voz, el roce de sus vestidos, ver su sonrisa, y cerraba los ojos para saborear aque-

llos encantos. Después le acometía una nerviosa impaciencia, un vivo deseo de alejarse de allí, de ir á reunirse con ella, abandonándolo todo, París, el periódico y hasta sus propósitos del porvenir. Recibió muy pronto una carta de Montravel, la leyó y la releyó, bebiendo, por decirlo así, las líneas que Enriqueta había trazado, siguiendo los impulsos de su corazón, reflexionando acerca de cada palabra, y viendo en cada una de ellas algo que le hacía feliz. No había sido escrita en esta carta la palabra *amor*; pero su sentido demostraba hasta la evidencia el fuego que ardía en el pecho de su amada.

Por fin llegó la hora de marchar: todo estaba arreglado; se había despedido de sus amigos, con los correspondientes apretones de manos. Concluido todo, se fué á su casa ensimismado, sin que le distrajera el ruido de las gentes ni el de los carruajes; arreglada su maleta, y disponiéndose á partir, oyó un fuerte campanillazo: el criado salió corriendo, y volvió diciéndole que una señora deseaba hablarle.

—¿Ha dicho cómo se llama?—preguntó Roberto.

—Ha dicho que el señor la reconocería perfectamente al verla.

—Es verdad (dijo una voz); yo soy.

Era René. ¡Ah! ¡Y Roberto que la había olvidado!

La miró con un estupor indescriptible. Maquinalmente la indicó un asiento, sin dejar de mirarla, y se sentó.

Estaba más delgada, pero rejuvenecida, aunque con los ojos tristes por la enfermedad. Sus dientes parecían de marfil, y, cuando hablaba, resaltaban como perlas sobre su mármorea fisonomía.

Roberto fué el primero que rompió el silencio.

—¿Qué me queréis? (la dijo.) No tenéis nada que esperar. Separados por un obstáculo que yo no debí franquear nunca, vamos á estarlo aún más ahora por un acto más sagrado.

—¡Separados!

—Me caso.

—¿Tú?

René se levantó, como si una víbora le hubiera picado.

—¡Eso es imposible!

—Me marcho esta tarde.... No me volveréis á ver más.

—¡Oh! (exclamó René con explosión de cólera.) ¿Era, pues, ella? ¡Imbécil! (dijo, desgarrando su pañuelo con los dientes.) ¡Y yo lo dudaba!....

—Sí (continuó); lo sé todo: aquellas idas

al bosque de Saint-Cloud, aquel tío venido de Périgord, aquella casa, lo que habéis dicho á vuestros amigos.... Tengo también mi política.... Mejor dicho...., no; quiero contároslo todo, y deciros cómo lo he sabido.

—¡Qué me importa eso! (dijo Roberto.) Si la conocéis, comprenderéis que tengo razón en casarme con ella. Escuchad, René: ahora estoy salvado. Me habéis conocido excitado, maldiciente, torturado. Ahora estoy tranquilo; me doy cuenta de lo que hago. ¡Mi puerto de salvación está allí!

—¡Oh, no me digas eso, Roberto! (dijo, agitándose, retorciéndose en el sillón en que estaba sentada, y poniéndose la mano en los oídos para no oír aquellas palabras.) ¿No querás asesinar me, verdad, Roberto? ¡La dicha! ¡Ah! ¿Tú crees que ella te hará dichoso?... ¿Yo no he sabido amarte, no es verdad? Pero mírame: ¡si supieras lo que sufro! ¿Cuál podía ser la causa de la enfermedad que me ha puesto al borde del sepulcro? ¡Me ha hecho más daño que si me hubiera quitado la vida! Me ha atacado de repente, separándome de ti, Roberto. ¡Ah! ¡Si lo hubiera yo sabido, hubiera desafiado la enfermedad, y, levantándome, hubiera venido á echarme en tus brazos, como lo he hecho otras veces, como lo hago hoy, como lo haré mañana...., como mañana, como



siempre! (afirmó con furia.) ¡Ah! ¿Qué quieres? ¡Te amo tanto! ¡Un mes...., hace más de un mes que he estado esperando el momento de poderte ver, de hablarte!.... ¡Treinta y siete días!.... ¡Oh, qué tormento! No, tú no puedes comprender lo que se sufre, Roberto; pero escúchame. Me quedé fea, casi idiota, enferma; me retorció, revolcándome en mi cama, temblando de no volverte á ver. ¡Denigrante criatura! Tenía miedo de morir, sí; hubiera luchado con la muerte para no dejarte.

—Pero, ¿qué me importa vuestro amor? El mío ha muerto para vos.

—¿No me he sacrificado bastante por tí? ¿No te quiero con toda mi alma? ¿Qué clase de hombre eres? ¡Un loco, lo sé; pero yo te amo! Leo en tu interior.... ¡Yo soy la mujer que te conviene!.... Apenas me he levantado, cuando he corrido á verte...., á oírte.... Escúchame: haré todo lo que quieras por servirte; seré tu esclava, ya te lo he dicho; sé la clase de vida que necesitas; conozco tu carácter y tus defectos; pero los amo y me unen más á ti. Ella es una niña....

—¡Una santa, y yo la amo!

Una corriente eléctrica sacudió bruscamente á René; se apoyó en el sillón, cogiéndose la cabeza con las manos, y miró con ojos extrañados á Roberto.

—¿Y tú me dices eso? ¡No trates de ocul-tármelo! Quien te vió en Saint-Cloud, quien me lo contó todo hace tres días, fué el barón Gueraud. En seguida me presenté allí; la criada que os había servido estaba aún en la casa, y me lo contó todo. ¿Tú no lo niegas? ¿No me tienes miedo? ¿Crees seriamente que todo ha concluido entre nosotros, que consiento en alejarme y callar desapareciendo? ¡No me conoces!

—¿Qué haríais?—dijo Roberto.

—¡No lo sé; pero mis intenciones son terribles! ¡Gran Dios! ¡Te seguiré, te espiaré, me arrojaré entre ella y tú, y veremos lo que venga después!

Roberto la miró, comprendiendo que estaba fuera de sí, que era capaz de hacer lo que decía, y se dirigió á ella, hiriéndola en lo más delicado de la mujer.

—¡René, tened cuidado! Poseéis la habilidad de despertar en mí el recuerdo de vuestras indignidades y corrupciones. Vuestra voz me irrita y vuestra presencia me indigna. ¡Idos, ó no respondo de mí!

—Pues bien: prefiero vuestras amenazas á vuestros desdenes; os he dicho que os seguiré, y cumpliré mi palabra.

—¡Está loca!—dijo Roberto encogiéndose de hombros.

Se dirigió hacia la puerta, y luego, volviéndose á Roberto, en una especie de grito, mezcla de cólera, amor y súplica:

—¿De manera (le dijo) que estás decidido á marchar?

—Esta tarde.

Le volvió la espalda, y salió.

Roberto tenía razón en decir que la presencia de aquella mujer le irritaba ahora; todo su sistema nervioso se alteró. Sentía hacia ella un odio mortal y una necesidad de desembarazarse violentamente del pasado, y estaba decidido á conseguirlo por cualquier medio. Estaba menos tranquilo de lo que creía; la sola vista de René le había transportado bruscamente á esa especie de delirio y de sufrimiento que experimentaba cuando paseaba por las calles errante, sin darse cuenta de ello, impulsado por la desesperación. El temor que hasta ahora le había agitado, sin formularlo, sin comprenderlo, tomaba gigantescas proporciones y un giro muy distinto. Estaba decidido á arrostrar el todo por el todo. Había saboreado ya la alegría tranquila y verdadera, y quería conservarla á toda costa. Quería defender palmo á palmo su parte de paraíso.

Paseaba precipitadamente por su cuarto con los brazos cruzados, excitándose más y más, y llegando á irritarse, como otras veces en

aquellos días en que, falto de reposo, no dormía ni descansaba.

—¡Esto no puede durar!—decía para sí.

Pero el ángel malo velaba.

Poco á poco fué tranquilizándose: reflexionó. ¡Aquella visita de René sería la última! ¿Qué podía contra él! ¿Por qué le habían de asustar sus amenazas y su cólera? Roberto contemplaba su equipaje, ya hecho; veía que el día tocaba á su fin. Debía marchar al anoecer. ¿Le seguiría René? (se preguntaba.) ¿Y qué podía temer de ella? Esto se decía; pero en el fondo de su alma le quedaba alguna duda; tomó por fin una decisión; llamó á su criado, hizo que se llevaran su equipaje, y él se fué solo y á pie á la administración de la diligencia. Antes de llegar, se entró en un café y comió.

Comparaba aquella atmósfera tan pesada con el aire puro que se respiraba en Montraveil, recordando aquella pequeña casa nueva, tan tranquila y tan bonita, aunque sencillamente decorada; aquella atmósfera, aquel ruido, aquel torbellino, habían sido, sin embargo, su elemento otras veces. Su mirada se fijaba acá y allá, y se entristecía. ¿Por qué aquel lujo aparente, aquellos dorados marcos traían á su memoria á René? El café estaba decorado con divanes, de clavos dorados y terciopelo

granate, que se había vuelto pardo con el roce. La mesa de billar era de un color verde ya gastado, en donde las bolas corrían, chocando unas con otras y molestándole con el ruido del choque. Sobre las mesas se veían periódicos, servicios de café, botellas de cerveza y otras varias de bebidas espirituosas, tan bien presentadas, que incitaban el deseo de los parroquianos. De las blancas paredes pendían grandes espejos, y de las del billar algunos cuadros en que estaban litografiadas las reglas del juego. Las cortinas de las puertas eran de muselina, y estaban recogidas en sus extremos por una argolla dorada; pendían del techo mecheros de gas, y todo esto, junto con el ruido de las llamadas de los mozos, el ir y venir de éstos, las conversaciones á través de aquella atmósfera cargada de humo y el chocar de las bolas y dominós sobre el mármol de las mesas, formaba una extraña confusión. Centenares de botellas y algunas garrafas conteniendo licores blancos, amarillos, verdes, etc., y dos jarrones de flores á los lados del mostrador, presentaban un golpe de vista capaz de llamar la atención al más indiferente. La señora del despacho estaba vestida de blanco con adornos azules; era joven, de rubios cabellos, sonrosadas mejillas y fisonomía agradable.

Roberto examinaba todo esto para distraer su impaciencia, y examinando lo que contenía el mostrador, fijó también su mirada en la señora vestida de blanco. En sus fantasías, creía ver á René en ella. Era la misma clase de mujer, sólo que menos fina en sus modales. La miraba, y veía en ella, no á la del mostrador, sino á René. ¡René! Ese nombre que había pronunciado con tanto amor otras veces, ¡qué mal sonaba ahora en sus oídos! Se preguntaba á sí mismo: ¿es verdad que la haya yo podido amar? Cuando comparaba su amor con el que le profesaba Enriqueta, condenaba el pasado sin piedad.

La imagen de ésta era una imagen venerada para él; cuando se decía que iba á verla, desaparecían todas sus aprensiones y todos sus temores, y se afirmaba más y más en la idea de que René no podía hacer nada contra él:

—¡No se atrevería!

Es la razón suprema de los que tienen la intuición de un gran peligro frente á frente y han jurado no retroceder.

Se levantó precipitadamente, y se fué. La hora de la marcha había llegado. En la sala de espera, Roberto no pensaba más que en la casa de la Panonze, en la gran pradera plantada de olmos, en las acacias del patio, en las enredaderas que trepaban por los muros y caían

sobre las higueras, formando con sus distintos colores un hermoso cuadro, en medio del cual se destacaban Enriqueta y el tío Germán, ó, lo que es lo mismo, toda su vida y sus pensamientos.

## XIII.

Roberto hubiera querido ir solo en la berlina; pero se encontró uno de los rincones de ésta ocupado por un caballero grueso, que tenía un pañuelo amarillo liado á la cabeza, y que dormía, produciendo desagradables ruidos con lo fatigoso de su respiración y los ronquidos que de cuando en cuando lanzaba. Nuestro joven, pensando en las molestias del viaje, en los bruscos movimientos del coche, en ese malestar que se apodera de uno cuando la noche llega, en los accidentes que casi siempre ocurren en los viajes, presentía que le iba á ocurrir algo que impidiese su llegada. Veía huir los árboles en la vertiginosa marcha del carruaje. Las líneas oscuras que éstos formaban, hacían destacar más claro el horizonte. Se veían algunas luces, aunque de tarde en tarde, que salían de las casas diseminadas en el camino. Toda su vida había sido empujado

por lo desconocido; pero ahora sabía bien adónde le conducía esta loca idea, y no deseaba más que vivir tranquilo en cualquier rincón del mundo. Se figuraba estar viendo la casa de su tío, y se preguntaba á sí mismo: ¿qué hará Enriqueta en este instante? ¿Dormirá tranquilamente en aquellos momentos de reposo y de silencio? Veía la gran sala en la que había jugado muchas veces en su infancia, el retrato de su tío y el armario en que guardaba sus viejos libros y la escopeta. Ésta estaría sucia ahora, y colgada en un rincón del armario con el cinturón y la canana. Pensaba en todo, todo se agolpaba á su imaginación; las ventanas que daban al campo, la galería, los prados, los arroyos llenos de cangrejos y las frondosas alamedas de los alrededores que conducían á estos arroyos. París, que acababa de dejar, se envolvía en las tinieblas y desaparecía á lo lejos. Roberto no pensaba más que en Périgord, en el tío Germán y en Enriqueta. Se acordaba también de su padre. La desgracia que suicidó la dicha de éste, no había podido alcanzar á su hijo. El infortunio estaba vencido. Se decía que el pobre padre sería muy dichoso si hubiera podido ver la felicidad de su hijo, y su alegría le hacía olvidar todo. Pero no se atrevía á juzgar á su madre. Sentía humedecerse sus ojos, y